

Pensar de otro modo: de la diferencia sexual a la diversidad

Rosario Allegue



ROSARIO ALLEGUE

Médica Psiquiatra
Miembro fundador de AUDEPP
Miembro habilitante de AUDEPP
allegue@montevideo.com.uy

RESUMEN

En este trabajo planteamos realizar un recorrido por la clínica con pacientes con una sexualidad no habitual. Consideramos la discriminación que pesa en la práctica psicoterapéutica y sobre la diferencia sexual y la diversidad.

Analizaremos dos ejemplos clínicos enmarcados en una práctica que debería superar el ideal de una sexualidad meramente reproductiva y heterosexual. Los hallazgos clínicos llevan a reflexiones sobre los caminos del deseo, la circulación de poder en las parejas homosexuales, el ejercicio de la sexualidad, la conyugalidad y las vivencias de discriminación, exclusión y marginalidad.

Finalmente analizaremos brevemente el concepto de implicación.

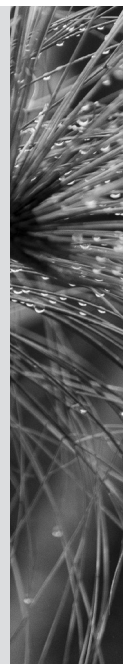
Palabras claves: discriminación, homosexualidad, diferencia sexual, diversidad sexual, implicación.

ABSTRACT

In this paper, we propose a tour through clinical practice with patients with a non habitual sexuality. We take in consideration the discrimination within the psychotherapeutic practice as well as sexual differences and diversity. We analyze two clinical examples in the frame of a practice which should overcome the idealized reproductive and heterosexual sexuality. Clinical findings conduct to reflections about the ways of desire, power circulation within heterosexual couples, sexuality exercise, conjugality and discrimination, exclusion and marginality experiences.

Finally, we briefly analyze the concept of implication.

Key words: discrimination, homosexuality, sexual difference, sexual diversity, implication.



Lo que cuenta en los pensamientos de los hombres, no es tanto lo que han pensado, sino lo no-pensado, que desde el comienzo del juego los sistematiza, haciéndolos para el resto del tiempo, indefinidamente accesibles al lenguaje y abiertos a la tarea de pensarlos de nuevo.

Michel Foucault
(*El nacimiento de la clínica*, Prefacio)

Introducción

Este trabajo surge de la clínica.

Desde hace varios años, el término diversidad se ha incorporado a nuestro lenguaje cotidiano y a los medios de comunicación, vinculado a las acciones militantes de los grupos sociales objeto de discriminación sexual.

Una primera etapa —ideológica y reivindicativa— propició el inicio del reconocimiento público de estos grupos y sus planteos y recortó a la diversidad sexual como campo de estudio de diferentes disciplinas que tienen a los seres humanos como objeto de sus investigaciones y acciones. También desde el orden jurídico, juristas y legisladores comenzaron a ocuparse del tema y a buscar respuestas desde el ámbito legal.

Cuando hablamos de diversidad sexual ¿estamos hablando de una realidad que comprendemos?, ¿que aceptamos?, ¿es una denominación conceptual que utilizamos para expresar una interrogante acerca de qué hay más allá de la relación hombre-mujer?

¿Qué significa diversidad sexual?

Un poco de historia:

La segunda mitad del siglo XX fue un período clave en cuanto a la historia de las ideas, de las mentalidades y de las prácticas sociales. Se generó un profundo y abarcativo proceso de transformación de dichas prácticas sociales —públicas y privadas— acompañado por la transformación en el modo de pensar y en las formas de la sensibilidad (A. M. Fernández, 1992). Esto hizo posible la producción de nueva subjetividad.

El escenario en el cual se ilustraron, de manera privilegiada, estos cambios, fue en la relación entre los géneros.

Se abrieron campos de estudio, de investigación y de revisión de las categorías femenino y masculino, cuestionándose la relación de poder entre los géneros, basada en las diferencias «naturales» de los sexos que exigió una redefinición, se produjeron cambios en los lugares desde los cuales las mujeres y los hombres organizan sus vidas

con el consecuente cambio en los acuerdos y pactos en los vínculos de pareja y en las relaciones familiares.

A partir de los años cincuenta, se consolidaron tres ejes de visibilidad que permitieron pensar a las mujeres como nuevos sujetos sociales (A. M. Fernández, 1992), y por ende modificaron el lugar de los hombres.

1. Las prácticas transformadoras en la vida cotidiana de las mujeres (trabajo, educación, contratos conyugales, en sus regímenes de fidelidad y modos de vivir el erotismo, la puesta en cuestionamiento del «trabajo invisible»).
2. La práctica política de los movimientos feministas, con su denuncia de la opresión de género.
3. La presencia en los centros universitarios de mujeres «académicas» que empezaron a articular sus disciplinas con la dimensión de género. A partir de la década de los setenta, se inició un proceso de deconstrucción de los contenidos sexistas al interior de cada disciplina.

Deconstrucción y reconstrucción teórica y metodología

Se desarrollaron así los Estudios de la Mujer, seguidos de los Estudios de Género y en la década de los ochenta y noventa los Estudios de la Masculinidad.

Mientras se desarrollaban estos estudios se fue poniendo en evidencia que los mismos «naturalizaban» la heterosexualidad, planteando las relaciones de género exclusivamente como relaciones heterosexuales.

En ese tiempo, Teresa de Lauretis utilizó el término de teoría queer (que luego abandonaría) para acentuar las discontinuidades de las diferentes formas de afectividad y sexualidad.

El concepto de diferencia sexual es propio de la Modernidad, se apoya en el binarismo hombre/mujer, femenino/masculino.

Como he planteado, ya en las últimas décadas del siglo XX hay un fuerte cuestionamiento acerca de este binarismo a partir de la «visibilización» de las nuevas sexualidades, neosexualidades que conllevan el cambio en los cuerpos, la revisión del concepto sobre identidad sexual, y los caminos del deseo, todo esto enmarcado en la crisis de las referencias simbólicas y en el narcisismo como paradigma de esta época.

El pasaje de la diferencia a la diversidad nos introduce en el estudio de referentes inciertos que generan múltiples debates.

¿Qué significa diferencia, qué significa diversidad para el psicoanálisis?

Este trabajo es una invitación a transitar, desde la clínica, un camino con nuevos e inciertos referentes, camino que nos conduce al centro de la complejidad, en donde se encuentran el deseo y las múltiples determinaciones socio-históricas y biográficas que enmarcan la vida de las personas.

Diferencia sexual-diversidad sexual

La diferencia sexual ha sido el centro de las investigaciones y teorizaciones del psicoanálisis, nacido a fines del siglo XIX y desarrollado a lo largo del siglo XX.

Desde hace muchos años, mi interés ha estado centrado en el encuentro-desencuentro histórico entre el psicoanálisis y el feminismo, y en la articulación del psicoanálisis con los estudios de género y sus consecuencias en la teoría y en la clínica (Allegue, R., 2006)

Los modos de sexualidad son construcciones socio-históricas muy complejas, y en las últimas décadas el estudio de las diversas formas de ejercer la sexualidad ha llevado a teorizar acerca del pasaje de la diferencia a la diversidad.

Por lo cual los debates en torno a la categoría género se han complejizado (Carril, E., 2002)

Las corrientes feministas posmodernas representadas por Judith Butler y Jane Flax (1990) cuestionan la «ilusión» de una teoría única y monolítica.

El campo de estudios denominado «queer theory» que toma como objeto la experiencia homosexual, aporta interesantes contribuciones en esta misma línea.

Por otro lado Jane Flax hace sus críticas al supuesto de que existen solo dos géneros como categorías universales e inamovibles, excluyentes.

Jessica Benjamín (1988, 1995) valoriza la dimensión desde el «entre» (unirse con/separarse de= separarse con) que abre una perspectiva nueva para pensar la intrasubjetividad y la intersubjetividad. En ese sentido niños y niñas se organizan reconociendo a los otros como sujetos diferentes de sí pero a su vez semejantes y es de esa manera que la intersubjetividad interviene en la estructuración del sujeto psíquico.

Junto a estos planteos que reformulan las problemáticas entre los géneros, en las últimas décadas se ha operado un cambio de paradigma en la concepción del psiquismo humano (Dio Bleichmar, 2002) que ubica a la diferencia sexual o la sexuación como uno entre los tantos componentes que dan acceso a la categoría de sujetos.

Este cambio coloca a la intersubjetividad como paradigma del origen del sujeto psíquico, a partir de múltiples investigaciones y contribuye a relativizar a la diferencia sexual como condición determinante para el establecimiento del sujeto psíquico.

La diversidad sexual es una de las cuestiones para pensar en nuestra época.

Por un lado nos hacemos eco de la pregunta acerca de la vigencia del concepto freudiano de sexualidad, de las diferentes miradas sobre la sexualidad humana como construcción histórica, social y política,

del cuestionamiento de una cultura basada en un binarismo que deja afuera cuerpos y subjetividades que transitan otros caminos. Todo esto relacionado con los paradigmas de la diferencia, la maternidad, la paternidad, lo heteronormativo, paradigmas que han coexistido con el formato de lo «natural» durante siglos y que hoy adquieren otras dimensiones.

Algunos autores posfreudianos deslizan sus producciones desde la sexualidad como eje del psicoanálisis clásico, hacia otras consideraciones que incluyen las de la cultura actual con el resultado de extender y complejizar los postulados freudianos.

Pienso que aún estamos en vías de poder definir qué es la diversidad para el psicoanálisis, parece que en el momento actual es aún difícil de conceptualizar, y que lo usamos en el sentido de lo que está más allá de la diferencia de sexos.

Asimismo, el escuchar las voces del mundo femenino y masculino y sus transformaciones en relación a sus prácticas sexuales, nos lleva a poder observar los cambios en dichas prácticas pero también los rechazos al acto de establecer nomenclaturas, a la idea de construir identidad sexual y a hacer de la diferencia referencia identitaria (A. M. Fernández, 2009).

La categoría psicoanalítica de la diferencia está en cuestionamiento y lleva a la revisión de las teorías y políticas de género.

Estamos en presencia del pasaje de la diferencia a las diversidades sexuales que implica la construcción de categorías filosóficas y epistemológicas que den cuenta de estas transformaciones.

Diferencia: episteme de lo mismo, pensar desde lo uno, lo diferente como reverso de lo único.

Diversidad: diferencias que no refieran a identidades, es decir diferencias de diferencias, multiplicidad en el sentido de Deleuze.

La clínica

También, desde hace muchos años, mi preocupación ha estado centrada en la articulación del psicoanálisis con los estudios de género y sus consecuencias en la teoría y en la clínica.

El entrecruzamiento entre ambos ha posibilitado una mayor comprensión de la subjetividad femenina y masculina.

No he tenido oportunidad de trabajar en la clínica con la diversidad sexual en otras expresiones: transexuales, travestis, intersexualidades, excepto cuando era estudiante de psiquiatría en la práctica hospitalaria.

Creo que porque son menos las consultas, o porque requieren soluciones médicas, pero lo cierto es que hay menos bibliografía.

Sí he trabajado con pacientes y con parejas ya sea gays o lesbianas.

Caso Mariana

Mariana tiene 38 años en el momento de la consulta.

Viene porque su pareja actual se «lo exige».

Ambas tienen una relación de casi un año de duración y Mariana no puede «blanquear».

—Es imposible pensar que yo le pueda decir a mi madre y a mis hermanos que tengo una relación de pareja con Carla. Es lo que no puedo enfrentar, con el mundo, con la gente, por eso hasta ahora solo he tenido relaciones ocultas, por períodos cortos, con varias personas, para asegurarme que no se formalice algo que después se me vaya de las manos y tenga que blanquear.

T. —¿Qué es blanquear?

M. —Gritarle al mundo que soy lesbiana.

T. —No tiene porqué gritarlo, sino vivirlo.

M. —Nací y viví en un hogar católico y muy tradicional, madre, padre, mis hermanos casados como Dios manda, todos prolijos, todo en orden.

Me gusta cómo está armada mi familia, cómo funciona, yo les traería un problema que ellos ni siquiera pueden pensar.

T. —¿Son ellos solamente los que no pueden pensarlo?

M. —No, también soy yo, a veces me pongo muy, muy triste de tener que darles ese dolor. Mis sobrinas me dicen «la tía Mary», me encanta salir y jugar con ellas, ¿qué va a pasar si se me cae la careta?

Trabajamos «los caminos del deseo». No se sintió atraída por un hombre en ningún momento de la vida. Siempre «tuvo claro» que le «gustaban las mujeres».

La relación con una mujer es más fácil, somos amigas, compañeras, no me siento exigida, aunque en realidad nunca conviví ni con una mujer ni con un hombre.

Me tendría que reconciliar conmigo misma. A veces quiero pensar-me, cómo me gustaría verme: enamorada de un hombre, capaz que sin sexualidad, pero con un compañero, con hijos, como una pareja normal que vive y disfruta.

El tratamiento duró apenas dos meses. Mariana empezó a faltar, me llamaba diciendo que tenía que trabajar hasta que finalmente dejó de venir a las sesiones.

Ahora, mirando a distancia y con otros elementos, creo que el acento fue puesto excesivamente en el blanquear para afuera, cuando en realidad ella necesitaba en primer lugar blanquear para adentro.

Su propia autodiscriminación la llevaba solamente a dos salidas posibles:

- blanquear
- abandonar el camino homosexual.

Ninguna de las dos era posible, sino un enfrentamiento consigo misma, en el análisis del tránsito de un camino del deseo que la lleva a una elección sexual diferente de la heterosexualidad.

¿Porqué consulta un/a homosexual?

Si no está en conflicto con su elección sexual, el pedido de ayuda es igual que en todos/as los demás...

En el caso de Mariana el motivo de consulta estaba explicitado a través de una exigencia de su pareja, pero a poco de transcurrida la terapia, también quedó claro su no aceptación de su elección sexual proyectada al orden familiar y social.

Seguramente el tema de la discriminación que temía viniendo desde la familia, no dio espacio para escuchar-se, escuchar-la, acerca de sí misma, el sentido que le atribuía a su mundo psíquico y a los deseos y fantasías acuñados en su propia historia.

Joyce McDougall señala que no hay diferencias significativas entre el análisis de pacientes homo y heterosexuales.

Más allá del conflicto con su elección sexual, las dificultades de entendimiento en el plano erótico parecen ser «no poder recibir placer del otro/a o no poder dárselo». Esto sería común a ambas situaciones. La diferencia radica en que, en la heterosexualidad, las dificultades están en la esfera del orgasmo y su resolución a través de la masturbación y en la homosexualidad en la falta de interés por su propio placer sexual de tal manera que en muchos casos clínicos, el mayor placer está en el goce que le da a su partenaire.

Otras temáticas en la clínica son comunes a ambas situaciones:

- conflicto de roles con la pareja,
- inhibiciones o fracasos en la vida profesional y los síntomas derivados,
- amenaza de ruptura, miedo a perder el amor del partenaire,
- conflictividad con el medio social por la discriminación (en la homosexualidad).

Dice Isay (1989) que la homosexualidad no se define por una práctica activa, sino por los deseos, los fantasmas y las investiduras que perduran desde la infancia, sean actuados o no.

Y Beverly Burch en su tesis doctoral «Complementariedad en las relaciones homosexuales» (1989) propone los términos de «lesbianismo primario» para los casos en que las mujeres no han tenido nunca dudas acerca de su orientación e identidad homosexual y el de «lesbianismo electivo o bisexual» para las que no han tenido conciencia de esa pertenencia, transcurrieron experiencias heterosexuales y años más tarde definen su homosexualidad (ambas citas extraídas de Joyce McDougall, 1998).

Mariana no tiene dudas sobre su orientación e identidad desde siempre.

¿Qué significa para la paciente «sin sexualidad» ¿con un hombre o sin sexualidad porque la dificultad está en esa esfera sin poder ser reconocida?

¿Qué espera una mujer homosexual?

Dar a otra mujer, lo que esperaba que se le diera en la infancia.
Recibir lo que ella espera de una amante (madre-padre) que le dará la confirmación narcisista de ser reconocida y el placer erótico del cuerpo amado (J. McDougall, 1998).

Caso Mónica y Paula

Son una pareja con dos años de convivencia.

Mónica tiene 39 años, es profesional universitaria, estuvo casada y tiene un hijo adolescente, Juan, que vive un tiempo con ellas y otro con el papá.

Paula tiene 29 años, aunque estudió una licenciatura, no trabaja, se dedica a las tareas de la casa, intenta cuidar al hijo de Mónica, el cuidar significa poner límites y normas que Juan no acepta. Ella aporta la casa y el dinero que provienen de bienes heredados.

Consultan por problemas de la vida cotidiana, de la convivencia, de los roles dentro de la pareja, de las tareas de la casa y el manejo del dinero.

P. —Yo le digo a Moni que así no puedo seguir, necesito que ella me dedique tiempo, irnos solas para afuera, que no trabaje tanto, que haga las tareas de la casa a medias conmigo, que le exija a Juan que me respete.

M. —Yo me siento acorralada. No tengo más tiempo, tengo que trabajar para mantener a Juan y mi parte de la casa.

Paula se enoja durante las sesiones y a cada momento plantea la separación como única salida a la situación. Al poco tiempo se arrepiente y dice que «*sin Moni no puedo vivir*». Es muy impulsiva, por lo cual a veces la situación en la casa se vuelve violenta.

Mónica es más calma, trata de buscar acuerdos de funcionamiento en la casa pero mantiene todo el tiempo un cuidado extremo por su hijo, lo defiende, lo cuida, lo protege.

Analizamos la forma de circulación del poder en esta pareja: el papel del dinero de Paula, el hijo de Mónica, el formato de la conyugalidad, entre otros, que lleva a ciertos acuerdos de funcionamiento de la pareja que al parecer «mejora».

Al tiempo, Paula dice:

P. —Quiero tener un hijo y Moni no quiere, dice que ya tiene uno, pero yo no y quiero que sea de las dos.

M. —Yo no quiero, ya tengo a Juan, y no quiero otro hijo, no me quiero hacer cargo de otro niño. Yo le digo a Paula que ella tiene todo el derecho del mundo a tener su hijo, me ofrecí a acompañarla al ginecólogo y en todas las instancias que sea necesario, pero no quiero comprometerme, no lo podré sentir como hijo mío y además no quiero que así sea.

P. —Lo que Moni no entiende es que yo quiero tener un hijo con ella, no un hijo solo mío... y yo lo vivo como una falta de amor, no me tiene en cuenta, no le importa nada lo que siento.

El deseo de hijo de Paula irrumpe en las sesiones. Analizamos qué es un hijo para cada integrante de la pareja. Paula quiere verse embarazada, Mónica ya vivió esta experiencia y Paula no quiere renunciar.

Deseo de hijo, deseo de embarazo... Caminos a recorrer con la ausencia-presencia del hombre, desmentida de la diferencia de sexos...

Pasado un tiempo y cuando la situación parecía no tener salida satisfactoria para las dos, Mónica me dice «¿Sabes qué pasa? No estoy convencida de quedarme definitivamente en la homosexualidad».

Es necesario entonces hablar de «homosexualidades», en plural, atendiendo a los diversos actos, objetos y estructuras de personalidad que encontramos al igual que en la heterosexualidad.

También incluir en el debate el reconocimiento de una cierta movilidad que nos habla de que ya no hay identidades fijas hetero u homosexuales y que estas pueden estar en tránsito a lo largo de la vida.

¿Por qué consulta una pareja de lesbianas?

En mi escasa casuística, los hallazgos clínicos me han llevado a reflexiones acerca de la circulación de poder en estas parejas, la conyugalidad, el ejercicio de la sexualidad y las vivencias de discriminación, exclusión y marginalidad.

Quiero destacar que más allá de la consulta por el ejercicio de la sexualidad —que no es en general el motivo por el cual consultan— y del formato de cada pareja, uno de los problemas es la conyugalidad y por ende las estrategias de poder.

Hace ya mucho tiempo que me pregunto por la circulación del poder en las parejas no heterosexuales.

La conyugalidad, en tanto escenario privilegiado en el desarrollo de las estrategias de poder, se expresa en discursos legitimadores de la desigualdad entre hombres y mujeres.

¿Podemos pensar que en las parejas homosexuales, la desigualdad se expresa doblemente: al interior de la pareja por los roles que cada uno/a asume, como efecto de la conyugalidad, y desde lo social por la desigualdad frente a la norma heterosexual?

También me he preguntado, si pensarlo como la problemática referida a la conyugalidad, no es una forma de volver comprensible para mí, algo que se me escapa en el entendimiento de algunas formas de sexualidad.

Hay nuevos horizontes para pensar la sexualidad, nuevas sexualidades que desafían la polaridad femenino-masculino, nuevos caminos del deseo, lógicas del pensamiento ya no binario sino complejo.

En esta pareja se agrega el tema del hijo.

Las Nuevas Tecnologías Reproductivas (NTR) permiten varias situaciones, entre ellas la posibilidad de que la pareja de mujeres puede procrear fingiendo ignorar el aporte del hombre...

Hay algunas rupturas de las constantes del sistema de filiación: la diferencia de sexos, la diferencia de generaciones, el nombre del padre...

El deseo de hijo se despliega en una dimensión simbólica y presupone el reconocimiento de la castración materna. El hijo es un ser diferenciado de la madre. «Tener un hijo.»

El deseo de embarazo corresponde a una dimensión imaginaria, el hijo forma parte de la economía libidinal de la madre, con una unidad ilusoria y una exigencia de fusión en el vínculo hijo-madre. «Ser con un hijo» (Alkolombre, Patricia, 2009 citando a Piera Aulagnier).

También se replantean en este caso los conceptos de maternidad y paternidad. Si tuvieran un hijo: ¿Habría dos madres?

Si Paula fuera la madre biológica, ¿Mónica quién sería?

La implicación del analista

Trabajar en esta clínica me replantea el problema de la analizabilidad siempre ligada a la transferencia y a los puntos ciegos del analista (R. Allegue, 2012) y nos convoca a resolver varios desafíos:

¿Qué nos ocurre cuando en el trabajo clínico nos encontramos con otro/a con una sexualidad no habitual?

¿Cómo ejercer nuestra práctica sin el ideal de una sexualidad reproductiva y heterosexual, es decir cómo salir de esa ideología que cree que puede dictaminar ética, estética y moral, la salud y la enfermedad, la normalidad y la anormalidad?

Asimismo, se nos plantea una vez más la reflexión acerca de los viejos conceptos del psicoanálisis; la abstinencia, la neutralidad, la ideología.

Los analistas debemos saber qué pensamos de esta clínica.

Por otro lado, en los últimos tiempos, el debate acerca de la relación entre subjetividad y psicoanálisis ha llevado a varias posturas que relacionan ambos términos.

Entre ellas, hay autores que sostienen que más allá de las diferencias conceptuales hay puntos de contacto, zonas intermedias a explorar (Schroeder, D., 2006)

Surgen las mismas viejas preguntas acerca de la influencia de la realidad material en el inconsciente y la relación entre cultura y psicopatología.

En ese sentido, Schroeder, D. (2006), toma de Neyraut el concepto de que la implicación del analista forma parte del contexto sobre el que se recortará la transferencia. Propone sustituir el concepto de contra-transferencia indirecta y contratransferencia en sentido amplio, por la noción de implicación y así en el análisis de este concepto, dar cuenta de las condiciones sociales, políticas, económicas, de construcción de

saberes, de elementos técnicos que conforman una práctica social determinada, entre la que se incluye la del psicoanalista.

Las nuevas legislaciones, los matrimonios con los del mismo sexo, la concepción y las adopciones de hijos por las parejas homosexuales, el papel de los medios de comunicación, vienen desordenando, desde hace tiempo algunos parámetros que parecían seguros en nuestra vida y en nuestro trabajo.

Hay nuevos referentes ocupando un lugar en el imaginario social.

¿Qué nos sucede como analistas?

Esta clínica actual:

- Nos convoca a pensar «de otro modo», ya no en el ideal de una sexualidad normal: reproductiva y heterosexual.
- Nos convoca a analizar minuciosamente nuestra ideología y sus efectos en el campo de la transferencia y las intervenciones.
- Nos convoca a reflexionar sobre nuestra implicación en un trabajo terapéutico que nos interpela sobre nuestra función y nuestro lugar como analistas, *a no discriminar a aquellos que no entran en la norma.*

28 de agosto de 2013

Postscriptum:

Este trabajo lo terminé de escribir el 28 de agosto de 2013 y es un recuerdo y un homenaje a los 50 años del acto en el cual Martin Luther King dijo: «He tenido el sueño de que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los ex esclavos y los hijos de los que fueron amos de esclavos, se podrán sentar juntos a la mesa de la fraternidad» (Marcha a Washington, 28 de agosto de 1963), con la esperanza de que sea una contribución en la lucha para eliminar, dentro nuestro y del seno de la sociedad, todas las formas de discriminación.

Bibliografía

- Alkolombre, P. (2008). *Deseo de hijo, pasión de hijo*. Buenos Aires, Ed. Letra Viva.
- Allegue, R.; Carril, E. y colab. (2000). «El género en la construcción de la subjetividad. Un enfoque psicoanalítico». En: *Masculino-Femenino*, De Souza, Guerrero, Muniz (comp.). Montevideo, Psicolibros.
- Allegue, R. y Carril, E. (2001). «Psicoanálisis, sexualidad y género. Entre-dichos». En: *Género y sexualidad en el Uruguay*. Montevideo, Ediciones Trilce.
- Allegue, R. (2006). «La sexualidad femenina: de Freud a los Estudios de Género». En: *Encuentro con la historia institucional*. AUDEPP, Montevideo, Psicolibros.
- (2012). «Género y poder: viejas definiciones, significados actuales». Congreso del Centro de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima (CPPL).
- Fernández, A. M. (1992). *La mujer de la ilusión*. Buenos Aires, Paidós.
- (2009). *Las lógicas sexuales: amor, política y violencias*. Buenos Aires, Editorial Nueva Visión.
- Foucault, M. (1989). *El nacimiento de la clínica*. Siglo XXI editores.
- McDougall, J. (1998). *Las mil y una caras de Eros*. Buenos Aires, Paidós.
- Schroeder, D. (2006). «Subjetividad y psicoanálisis. La implicación del psicoanalista», *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, N.º 103, Montevideo.
- Zelcer, B. (comp.) (2010). *Diversidad Sexual*. Asociación Psicoanalítica Argentina, Buenos Aires, Lugar Editorial.